

La música en la escuela

por PEDRO DE URRESTARAZU Y ARTOLA

La música debiera ser obligatoria en las escuelas. Pero la música, para los no iniciados, es algo difícil y de conocimiento áspero, en el que los signos cabalísticos se suceden con una monotonía desesperante, antes de poder gozar plenamente de su encanto.

Hay que conseguir adeptos y crear afición; para lo cual hay que hacer agradable su estudio, eliminando todo aquello que no sea imprescindible, porque el aprendizaje largo cansa y aburre y, además, resta vocaciones; por tanto, hay que simplificar lo posible, porque al final, el resultado es el mismo que el de la enseñanza clásica, pero el camino, indudablemente, es mucho más corto y agradable.

La música es capaz de modelar un pueblo. Su conocimiento es fundamental en toda educación, pues contribuye grandemente a la disciplina y a la ordenación de los futuros hombres de una sociedad.

El pueblo español está extraordinariamente dotado para la música; su tradición musical es grandiosa y pujante. Su folklore, interesantísimo, es rico y vario, de gran belleza estética y de intensa emoción.

Muchos y graves problemas tiene planteados la enseñanza primaria en España. Tantos, que puede parecer complicación postiza y externa la de abordar el tema de la música en el primer grado de la educación.

Precisamente, aquí radica el gran mal: en considerar la educación musical en la enseñanza primaria y en la media como un adorno o añadido a las materias fundamentales o verdaderamente importantes. ¿Qué puede esperarse, a partir de esa actitud? Sin embargo, no existe en la actualidad pedagógica una ordenación que no sitúe la formación del espíritu musical en el centro mismo de la enseñanza primaria.

No se trata de lo que en ocasiones se hace entre nosotros con evidente error. Enseñar ligeramente unas nociones de solfeo, sin efectividad ni provecho práctico alguno.

La cuestión es mucho más sutil y menos técnica. Lo interesante y lo que importa es, introducirles en la música, hacerlos capaces de colocar un día las sinfonías de Beethoven y los grandes oratorios de Haendel, junto a las grandes creaciones de Shakespeare, Cervantes, Lope de Vega, etc.

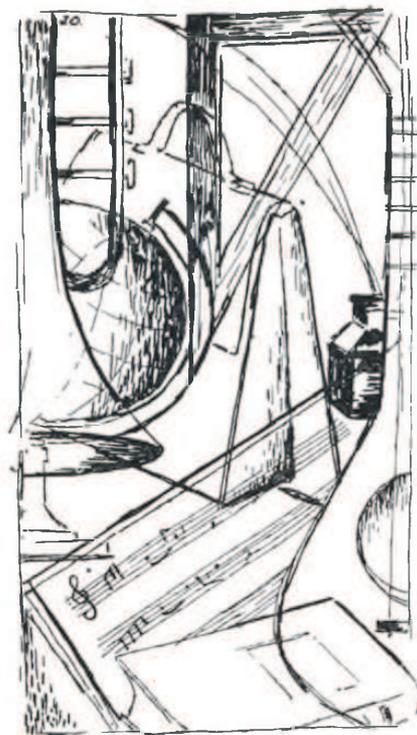
¿Cuál será el sistema a seguir? No es descubrir ningún Mediterráneo afirmar que el niño ha de hacer música como hace deporte.

En España, poco a poco están apareciendo —generalmente en centros privados— los modernos sistemas de educación musical. La canción que cantan

en coro; el romance cuya historia siguen; la música que acompaña su gimnasia, pasa de pronto a ser interpretada por los mismos niños. Este y otros procedimientos subsiguientes hacen que los niños se encuentren jugando un día con una «operita» de Mozart o siguiendo los sortilegios de Ravel, las incidencias de los cuentos hechos música o las «Variaciones de Britten».

Luego, naturalmente, son necesarios los conciertos infantiles. Unos programas de mano bien editados, con ilustraciones y dibujos que permitan al niño intervenir en ellos, son complemento principal.

Larga y difícil tarea a primera vista. Pero, por un lado, alguna vez hay que empezar; por otro, cabría una difusión



de los métodos entre los maestros, a través de cursos y publicaciones, que si no pueden lograr los últimos objetivos, sí pueden ser la iniciación del camino.

Lo que no puede suceder es que el enfrentamiento del estudiante con la música se produzca a lo mejor en los Colegios Mayores, cuando aquéllos que no posean instintivamente una inclinación musical no puedan modificar su situación, y por lo mismo es inútil suponer que los sonidos van a producir hombres buenos.

El problema es de otra índole: se llama educación, refinamiento cultural. Deber de no negar a nadie sus posi-

bilidades en orden al goce artístico; de lo que la música, como las demás artes, es fundamentalmente: comunicación. Con este término, más bien sociológico, hemos sustituido, lo que antaño desde un criterio ético-estético se denominaba «expresión de sentimientos».

Hace ya algún tiempo que la Dirección General de Enseñanza Media preocupada por la escasa o nula afición musical de los centros del ramo, decidió estimularlos con la creación de premios para los que organizaran mejores grupos corales, tanto de música sacra como de profana selecta.

Esta plausible disposición pone de actualidad el viejo tema de la educación estética de la juventud, planteado con los más ilusionados propósitos en todas las reformas docentes del siglo, pero nunca ejecutado con brío, ni resuelto, por falta de tenacidad y de medidas verdaderamente provechosas.

No trato de reproducir aquí la cuestión de principio sobre la que existe unánime acuerdo.

Siempre y, singularmente en nuestros días, se ha considerado a la música como esencial instrumento pedagógico para formar desde las primeras letras la sensibilidad infantil. Tampoco es un secreto, cuál debe de ser en líneas generales el contenido programático o metodológico de la materia, ya ensayado por fortuna en todos los centros docentes del mundo.

Se trata de decidirse a dos cosas: Primero, a establecer la obligatoriedad de la enseñanza musical en la educación primaria y media, pero no en el papel, sino efectivamente; es decir, arbitrando el medio de que se la considere asignatura específica, de modo que puntúe en las calificaciones estudiantiles. Segundo, crear y preparar pedagógicamente un profesorado idóneo, consciente de su misión y con capacidad de entusiasmo. Reside aquí, precisamente, la clave del éxito. Más que todos los premios e incentivos esporádicos, el cerebro y motor de la afición musical de un centro será siempre el factor humano que mantenga encendida la llama, fomente las vocaciones musicales y suscite la costumbre coral.

¿Qué bien dice de la eficacia educativa de un instituto u otro centro docente cualquiera, ver en ellos agrupaciones infantiles que entonan los himnos nacionales, cantan el repertorio litúrgico y hasta entretienen y solazan a propios y extraños con las bellas canciones de las antologías populares y eruditas!

Si además se consiguen conjuntos de

(Continúa en la página 50)

membrillo que le enviaban a una de ellas sus familiares de un pueblo de Levante.

Y a sus pies, en noche cerrada como el túnel largo del topo, le arreararon más que a una estera —¡Zapa, zapa!—, entre unos cuantos, a «Beltza», un alguacil que se creía por lo menos El Cid Campeador, y que cuando se ponía de malas era más malo que no sé lo qué y repartía mandobles con el ritmo y la exactitud con que un molino de viento mueve sus aspas. Aparte de Eustaquio, Luis, Pedro, Antonio y Joshé, el de Portu, que fueron ellos solos los que le zumbaron, nadie más lo sabía, aunque todo el mundo se figuraba. Estos, de esta forma tan poco académica concluyeron así con el pavor que desde pequeños inundaba sus mentes la sola mención de «Beltza». Cuando eran unos críos y porque rompieron sin querer un cristal con una pelota, los metió a la perrera. Luego, les hizo lo mismo en su primer robo de ciruelas y también en su primera borrachera. Y de esta forma, poco a poco, fueron obsesionándose con «Beltza» y más de una vez, cuando salían de la sidrería eufóricos y pléuricos de espíritu después de trasegar el contenido de un rollizo barricote a sus particulares y esponjosas kupelas, arremetían a pedradas y a palazos contra un espanta-pájaros que había cerca de la sidrería, llamándole: ¡Beltza, beltza zikiña! Pero después de la paliza se calmaron y acabaron casi siendo amigos, hasta que un día de esos en que lo mejor hubiera sido quedarse en la cama, Eustaquio, destilando la euforia de cuarenta vasos de sidra, rebosante de sinceridad, le contó todo a «Beltza» y éste, que por lo que se ve todavía se sentía molesto, en compañía de sus hermanos y cuñados propinó una paliza bestial a Eustaquio —por tanto— y a Luis, Pedro, Antonio y Joshé, el de «Portu», por ser sus íntimos amigos y colaboradores.

También durante algún tiempo visitó a nuestro árbol, Lucio, uno de los peluqueros del pueblo. Lucio era más agarrado que un echotis y si salía al campo y se llegaba hasta el árbol era con la sana intención de recoger en el camino camamillos o gibelurdiñas del suelo; o manzanas, peras y cerezas de las ramas de los árboles, con lo cual y un poquitín más se alimentaba. Y un mal día, algún buen amigo que sabía donde guardaba el dinero se lo robó y, entonces, a Lucio le dio por cerrar la barbería y salir a la calle con la vacía sobre la cabeza, varias nueces de las que usaba para redondear los moftetes de sus sufridos clientes se las metió en la boca y también se metió una mano en el bolsillo apretando fuertemente su predilecta navaja barbera. Y por esto último, sobre todo, porque lo demás hacía gracia, se lo llevaron a Santáueda, donde quiso volver a ser barbero pero no le dejaron. Allí, como comía, engordó, y así pudo curarse y volver al pueblo, dándose la curiosa circunstancia de que cuando lo supo Hermenegildo, el otro barbero, salió disparado para el sur de España a visitar a una tía segunda que tenía muy grave. Pero Lucio ya no era el mismo, ni destilaba la suficiente confianza como para que sus clientes se arriesgaran a poner el gaznate entre sus manos, por lo que se fue, como entonces todo el mundo lo hacía, a la Argentina, donde, en la Patagonia, sin ir más lejos, murió.

Más, de todos, fue «Dionisio artzaia» el personaje predilecto de nuestro árbol. Ininterrumpidamente, durante casi sesenta y cinco años, vino con su rebaño, perro y morroí a pasar la invernada. Llegaba por Navidad con las ovejas ya preñadas, huyendo de la nieve, y volvía el día de San Marcos con el rebaño aumentado en una caterva de saltarines y retozones corderitos que, aun sin conocerlos, parecían husmear los jugosos pastos de las alturas a donde se dirigían en su marcha de retorno.

Dionisio era alto y enjuto y aunque uno se hallara a dos palmos de él sus azules ojos parecían mirar siempre al infinito. Hablaba poco y casi siempre en monosílabos, como si cada palabra le costara dinero y él sí que era mirado para eso pues le costaba mucho esfuerzo y sacrificio ganarse el real, que era como sacaba siempre las cuentas.

Durante muchos años apacentó su rebaño en la Sierra de Andía, la de los mejores pastos y la más saludable. Después, como los rebaños fueron haciéndose mayores, pues ya había desaparecido el lobo y sus estragos que obligaban al pastor a tener pocas ovejas y a dormir con ellas en apretados rediles, Andía se mostró insuficiente y pasó a Urbasa, pero un largo ciclo de sequías le obligó a afinarse definitivamente en la bella Sierra de Aralar, donde pasó los últimos veinte años de su dilatada vida de pastor.

Hasta sus últimos cinco años realizó la trashumancia a pie; después, una noche oscura y lluviosa, un camión le destripó medio rebaño, y en adelante optó por trasladarse en camión, como lo hacía ya la mayoría de los pastores. No le gustaba mucho el sistema, porque decía que sufrían las ovejas, pero tenía la ventaja de que el rebaño llegaba el mismo día a los nuevos pastos, lo que le compensaba económicamente, pues, durante los días que duraba la marcha a pie, las ovejas apenas daban leche. Además, ya tenía muchos años y el esfuerzo y la atención que exigía la caminata era grande.

Como pastor, se retiraba en cuanto oscurecía, salvo en las noches estrelladas en las cuales se extasiaba en la contemplación del firmamento, al que concebía como algo muy sólido, hecho con hierro y con fuego.

Tuvo dos hijos: Crispulo y Melquiades, que se ajustaban exactamente al santo del día en que nacieron. Y los dos se hicieron pastores, como su padre. El nacimiento de Melquiades produjo la muerte de su madre Josefa. Y Dionisio, viudo bastante joven, de buen ver y necesitado de ayuda, no quiso sin embargo volver a casarse, aunque insinuaciones y presiones no le faltaron, sobre todo por parte de Andresi, una mujer de tronío y de rompe y rasga, viuda y dispuesta a no consentirlo por más tiempo y que se derretía con solo ver la sombra de Dionisio; y también por parte de don Pedro, el Vicario Jauna, que era primo suyo y que de eso de los viudos sabía un rato. Pero a Dionisio le bastaba con el grato recuerdo de su Joshepa y no se atrevía a embarcarse de nuevo.

Después, vinieron nueve nietos y sólo uno, Claudio, se hizo pastor; nadie más quiso serlo prefiriendo ir a la fábrica. Y esto apenó a Dionisio quien, recostado contra el árbol, vigilando el rebaño, pasaba largas horas silenciosas, que era lo que le gustaba, aunque a veces, cuando creía que no podían escucharle —sólo el árbol— demostraba ser un buen bersolari.

Dionisio murió de una pulmonía y otras complicaciones que le inundaron de agua los pulmones. Y no permitió que le curasen más que por vía bucal y como ya no había remedio, le dejaron. En su largo delirio habló más que durante muchos años y siempre sobre el rebaño y su nieto Claudio, el pastor, a quien le dejó todo lo que tenía, hasta el perro y una especie de antediluviano mechero ideado por él.

Continuación de "La música en la Escuela"

(Viene de la página 48)

pequeños grupos corales y se organizan programas frecuentes de conciertos con individualidades o agrupaciones de la localidad, aun se hace más admirable y digna de encomio la labor prestigiosa de un profesor entusiasta.

Pero falta el sistema, el plan de trabajo para llevar a todos su conocimiento; en fin, hay que dotar, además, a los centros docentes, de los medios técnicos audiovisuales que la educación moderna exige cada vez con más fructífero rendimiento. Y ellos son en este caso los de una fonética bien surtida

Otro que tuvo una temporada durante la cual visitó con frecuencia el árbol, fue Cosme, que tenía fama de ser un lince para ver los negocios y de que, después, no le acompañaba la suerte en ellos. Cosme, había pasado la mili en un pueblecito del Sur de España en el que se fabricaban muchos botijos y él había comprobado que la «bustina» de los alrededores del árbol tenía un color muy parecido a aquélla del Sur y pensó que quizás se podrían construir con ella no esa especie de frigoríficos prehistóricos, pues su fino instinto de negociante ya le advertía que no conseguiría introducir en el lugar la costumbre de usarlos, pero sí que podría prosperar la fabricación de canicas de barro, que éstas sí que las usaban mucho los chavales, empezando por los de Policarpo, que tenía doce y esperaba otro para junio. Y consecuente con la idea, acompañado de su amigo Andoni, a quien le encandiló de tal forma con los resultados del negociado —ganarían diez céntimos en cada canica— que ni dormía siquiera, fabricó, con las prisas de un avaro, varias toneladas de canicas. Y al efectuar las pruebas preliminares, antes de invadir el mercado, vio con desilusión que las canicas sí servían para jugar a «arras», pero no para «kaskas» pues, cuando chocaban entre ellas, de todas todas se rompían. Y después del sonado fracaso Andoni no le volvió a hablar más a Cosme, pero pudo volver a dormir tranquilo según su añorada costumbre.

Y, finalmente, el árbol sirvió para que se ahorcara en él don Inocencio, que tenía de todo, hasta mucho dinero, aunque después de apretarse el gañote hasta decir basta, vino a demostrarse que gran parte era prestado, si hacemos caso de las habladurías. Este hecho suscitó muchos comentarios en el pueblo donde se entabló la discusión de si el suicidio era un acto de cobardía o de valor. Prevalió el referendun de que era de cobardes. Pero como decía don Francisco, el boticario: «Eso lo dicen porque lo han oído, pero no por convencimiento». Y luego, añadia socarrón: «¡Este pueblo sí que es de valientes! Lleva más de 200 años sin que se haya suicidado nadie... pues, don Inocencio ni siquiera era de aquí, claro que cuando tenía mucho dinero y antes de ahorcarse, sí que lo eras».

Lo del ahorcado acabó dándole mala fama a nuestro árbol y solamente los forasteros ponderaban sin reparo su presunta magnificencia, cosa que hacía renovar su savia y hasta que temblaran sus hojas de tanto gozo y contento. Pero los vecinos, ya al final, huían del lugar, demostrando así la influencia de las habladurías y del temor. El, el pobre árbol que, descontando la parte que tuvo en el accidente del hijo de «Prostu», no había hecho en su vida otra cosa que intentar el bien.

Y un día de mucho frío y mayor viento, por fin, sin que nadie lo presenciara, casi sin ruido, se cayó, pues estaba seco y hueco, vacío; parecía como si durante los últimos años se hubiera sostenido por su costumbre de estar erguido.

de cintas magnetofónicas y discos, por medio de los cuales los alumnos puedan conocer la historia universal de la música en todos sus aspectos vocales e instrumentales, así como en su carácter religioso y profano, culto y popular.

En suma, bien está que se estimule con certámenes y concursos la formación musical de nuestra juventud, pero piénsese en buena hora en organizar estable y definitivamente una enseñanza de utilidad tan notoria como indiscutible.

Pedro de Urrestarazu y Artola